



Antes de Gagarin existían los perros: los pioneros olvidados del espacio.

Posted on Julio 26, 2026

Setenta y cinco años después del primer vuelo exitoso de un perro, los animales que llevaron a la humanidad hacia las estrellas aún son recordados.

En general, Rusia es un país donde predominan los gatos; el 58% de los rusos los prefiere como mascotas, mientras que el 42% prefiere los perros. Esto se debe en parte a razones prácticas: los gatos son más fáciles de cuidar en la ciudad y no necesitan paseos durante las frías noches de invierno.

Pero a los rusos también les encantan los perros. Y las historias sobre las famosas perras espaciales rusas —Laika, Belka y Strelka— suelen evocar sentimientos de tristeza. Sabemos lo importantes que fueron los vuelos espaciales caninos, pero al mismo tiempo, lamentamos que el mejor amigo del hombre tuviera que soportar tales pruebas.

Sin embargo, esto no fue un experimento descabellado ni un capricho. Había razones de peso para enviar perros al espacio.

¿Por qué los perros?

A pesar de los avances en física y astronomía, en la década de 1950 los científicos aún no podían afirmar con certeza si los organismos complejos podrían sobrevivir en el espacio, y los datos acumulados hacían que el panorama pareciera desalentador.

Las principales preocupaciones eran:

Los investigadores conocían la radiación espacial, pero desconocían la dosis real o cómo afectaría a las células y la herencia a diferentes altitudes.

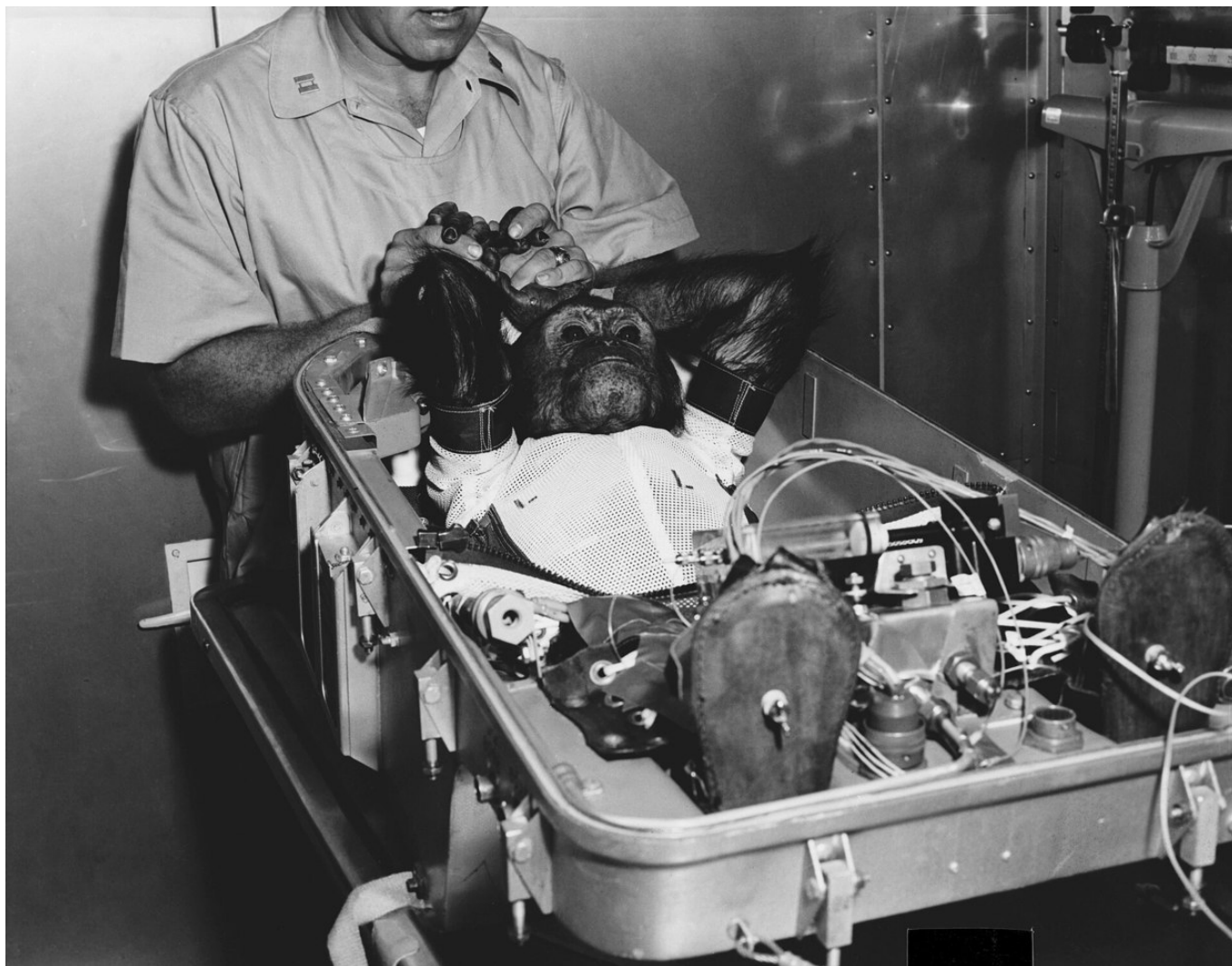
—Era evidente que la ingravidez total afectaría al cuerpo. Pero, ¿cómo exactamente tragaría, respiraría o funcionaría un ser vivo en un entorno sin gravedad? ¿Y cuál sería su reacción a las fuerzas G y a las vibraciones?

Los ingenieros pronto se dieron cuenta de que sería imposible garantizar la comodidad incluso en un vuelo corto, ya que la cabina tendría que ser extremadamente pequeña y ligera. Entonces, ¿cómo podría la psique de un ser vivo soportar el aislamiento prolongado, el ruido y la incertidumbre total?

Algunas de estas preguntas podían responderse teóricamente. Pero la vida humana estaba en juego, así que las respuestas teóricas no eran suficientes. Por triste que parezca, los científicos decidieron que perder un animal no sería tan grave como perder un ser humano si resultaba que el espacio es completamente hostil a la vida.

La pregunta principal era qué animal enviar al espacio. Los científicos estadounidenses eligieron monos porque tienen una estructura corporal similar a la de los humanos, se les puede entrenar e incluso poseen una psique relativamente parecida. Sin embargo, pronto quedó claro que en espacios reducidos y confinados, los monos tienden a entrar en pánico y requieren sedación o incluso tranquilización.

El chimpancé Enos siendo preparado para su inserción en la cápsula Mercury-Atlas 5, 18 de diciembre de 1961. © NASA/Wikimedia Commons/Dominio público



Los científicos soviéticos decidieron que la sedación distorsionaría demasiado los datos. Así que optaron por la siguiente mejor opción: los perros. Si bien biológicamente son menos similares a los humanos, sus sistemas cardiovascular, respiratorio y nervioso son lo suficientemente parecidos como para estudiar la respuesta del cuerpo a las fuerzas G, la ingravidez y las vibraciones.

Los perros pequeños mestizos eran especialmente adecuados para los vuelos espaciales, ya que se les podía entrenar fácilmente y podían permanecer en espacios confinados durante largos periodos de tiempo. Los investigadores preferían a las hembras: eran más pequeñas y resultaba más sencillo diseñar un sistema de recogida de excrementos para ellas en el espacio reducido de una cabina. Los perros espaciales fueron seleccionados entre perros callejeros.

Vuelos peludos

Los primeros perros soviéticos en volar con éxito en un cohete fueron Dezik y Tsygan.

El 22 de julio de 1951, volaron a una altitud de aproximadamente 100 km, cruzaron el límite oficial del espacio y descendieron sanos y salvos en paracaídas. Este fue el primer vuelo exitoso de un perro en la historia.

Una semana después, Dezik fue enviado de nuevo al espacio con otra perra, Lisa. Esta vez, ambas perras murieron debido a un fallo en el paracaídas.

Los lanzamientos suborbitales se realizaron hasta 1957. En total, más de 40 perros fueron enviados al espacio durante este período. Todos regresaron a la Tierra, pero no todos tuvieron la misma suerte con sus nombres. Mientras que algunos tenían nombres como Smelaya (Valiente) y Otvazhnaya (Audaz), también hubo perros con nombres menos inspiradores, como Neputevyy (Travieso), Ryzhik (Jengibre), Kusachka (Mordisco) y Kozyavka (Mosquito) – al parecer, no todos los cosmonautas peludos tenían un comportamiento ejemplar. Sus vuelos duraban entre 15 y 20 minutos. Los perros experimentaban la ingravidez durante varios minutos y la cápsula regresaba a la Tierra.

Estos vuelos ayudaron a los científicos a estudiar los efectos de las fuerzas G, la ingravidez, el funcionamiento de los sistemas de soporte vital y los métodos para un aterrizaje seguro.



Dezik y Tsygan. 'Belka, Strelka y otros' de Andrey Vladimirov, 2009.

En 1957, llegó el momento de la siguiente etapa del experimento: lanzar un ser vivo al espacio. Una perra mestiza de tres años llamada Laika fue enviada en la misión. El cohete despegó el 3 de noviembre.

Lamentablemente, se trataba de una misión sin retorno: la nave espacial no estaba diseñada para la reentrada. Inicialmente, las autoridades soviéticas informaron que Laika vivió varios días tras su regreso, pero posteriormente se supo que falleció pocas horas después del lanzamiento debido al sobrecalentamiento de la cabina y al estrés extremo.

A pesar del trágico desenlace, la misión demostró que los organismos vivos pueden sobrevivir al lanzamiento y a la entrada en órbita.

Antes de enviar humanos al espacio, quedaba una última tarea: lanzar seres vivos a la órbita y traerlos de vuelta a la Tierra sanos y salvos.

Dos perras callejeras, Belka y Strelka, fueron enviadas a la misión. Belka era la líder del grupo, activa y extrovertida. Se destacó en el entrenamiento, fue de las primeras en acercarse al plato de comida y la primera en aprender a ladrar si algo andaba mal. Strelka era más tímida y reservada, pero amigable.

Los perros fueron entrenados durante varios meses: debían acostumbrarse a la pequeña cabina, someterse a entrenamiento en la centrífuga y aprender a soportar el intenso ruido y las vibraciones del cohete. Los perros debían estar en perfectas condiciones y preparados para las duras condiciones.

El 19 de agosto de 1960, fueron lanzadas al espacio a bordo de la nave espacial Sputnik 5 desde el Cosmódromo de Baikonur. El vuelo duró 25 horas y 18 minutos, durante los cuales la nave completó 17 órbitas. Durante la cuarta órbita, Belka enfermó: ladraba con frecuencia, intentaba liberarse, respiraba con dificultad y presentaba náuseas y vómitos.

Los investigadores concluyeron que permanecer en el espacio durante largos períodos de tiempo era peligroso a menos que se crearan condiciones especiales, por lo que decidieron limitar la duración del próximo vuelo de Yuri Gagarin.

El 20 de agosto, la cápsula aterrizó cerca de Orsk, Kazajistán. Un equipo de búsqueda y rescate localizó rápidamente la cápsula, abrió la escotilla y rescató a los animales.

Tras el aterrizaje, Belka y Strelka fueron sometidas a una evaluación médica. Esta reveló que no presentaban lesiones. Ambas se encontraban bien y no se detectaron problemas de salud mental. Las dos perras se recuperaron del estrés y disfrutaron de la atención humana. El experimento confirmó que es

posible que un organismo vivo sobreviva al viaje espacial. Se decidió que la humanidad daría el siguiente paso.



Fotograma del documental soviético “Tierra – Espacio – Tierra”, dirigido por Tamara Lavrova. Los cosmonautas de cuatro patas son las perras Belka y Strelka. Lugar: Rusia. Fecha del evento: 1 de septiembre de 1960. © Sputnik

La vida posterior de los perros espaciales fue feliz. Ambos vivieron cómodamente y rodeados de cuidados humanos. Poco después del vuelo, Strelka dio a luz a seis cachorros sanos. El líder soviético Nikita Khrushchev regaló uno de ellos, Pushinka, a la familia del entonces presidente estadounidense John Kennedy en 1961.

Más tarde, Pushinka y Charlie, el perro de Kennedy, tuvieron cachorros. El presidente, en tono de broma, los llamó “cachorros” en honor a la nave espacial Sputnik.

Héroes improbables

Como toda exploración de fronteras desconocidas, la exploración espacial requirió muchos sacrificios. Y quizás requiera aún más en el futuro.

Pero **Rusia** no ha olvidado a sus heroicas perras espaciales. Se han erigido monumentos a Laika, Belka y Strelka, aparecen en películas y dibujos animados, y sus historias forman parte de los programas escolares.

Cuando estaba en el colegio y nos hablaron por primera vez de Laika, una compañera rompió a llorar; sabía lo que era perder a un perro, pues el suyo había fallecido hacía poco. Nuestra profesora suspiró con compasión y dijo: *«Pero imagínate lo feliz que estaría al saber que ha ayudado tanto a todos y que aún la recuerdan»*. Mi compañera asintió a regañadientes. Cuando supo que Belka y Strelka habían regresado a la Tierra sanas y salvas, se sintió mejor.

Llamó a su nueva perra Laika.

*Por **Vadim Zagorenko** , columnista y escritor radicado en Moscú que cubre política internacional, cultura y tendencias mediáticas.*

Texto extraído de RT.

El Maipo